

Sobre Rubén Darío y el regeneracionismo modernista

Como es bien sabido, para que Rubén Darío adquiriese plena conciencia de la verdadera significación de *Azul...* fueron decisivas las dos cartas que Juan Valera dedicó al libro, y en las que diagnosticó el galicismo mental del poeta nicaragüense. Y no fue menor la repercusión del dictamen de José Enrique Rodó, quien en *Rubén Darío. Su personalidad literaria. Su última obra* (1899) hizo el primer análisis profundo de *Prosas profanas* y decidió para las generaciones futuras que ese artista exquisito, relacionable con el anárquico idealismo contemporáneo, no era el poeta de América. Estudios posteriores, a veces de calidad indiscutible, han enriquecido la lectura de esas obras, pero apenas han conseguido modificar hasta hoy la imagen de un poeta cosmopolita o afrancesado, en cuyos escritos las preocupaciones sociales y políticas siempre resultan una irrupción inesperada e incómoda.

Desde luego, no se puede ignorar la extraordinaria significación de esos primeros comentarios. Por Valera supo Darío de su propio espíritu cosmopolita y de su amor por la literatura griega, y se descubrió conocedor de todo lo moderno europeo, «saturado de toda la más flamante literatura francesa»¹, si bien absuelto de cualquier delito de imitación. De Valera recibió también una valoración moral determinante cuando, en indudable tono de reproche, el escritor español señaló en *Azul...* la presencia de dos aspectos que consideraba característicos de la literatura reciente: el pesimismo, derivado de la pérdida de la fe, y la pretensión de acercarse al enigma de lo incognoscible para extraer de él escombros de religiones muertas y forjar con ellos nuevas mitologías. Esas prestigiosas opiniones descubrían y describían con acierto algunas facetas de la personalidad y de la obra de Rubén, pero a la vez ocultaban otras, incluso para el mismo poeta. Desde luego, tales comentarios lo llevaron a tratar de ser francés, lo que evidentemente no era —como pudo descubrir a partir de 1900—,

¹ Véase «Azul... A D. Rubén Darío. 22 de octubre de 1888», en Juan Valera, *Obras completas, vol. XLI (Cartas americanas, I)*, Madrid, Imprenta Alemana, 1915, págs. 267-279 (273).

² Véase «Don Hermógenes de Irisarri», en Raúl Silva Castro, *Obras de Rubén Darío escritas en Chile y no recopiladas en ninguno de sus libros*, Santiago, *Prensas de la Universidad de Chile*, 1934, págs. 11-17 (16).

³ Véase «A propósito de un nuevo libro. Carta al señor don A. Aragón, director de la Biblioteca nacional de Nicaragua en Centroamérica», en Raúl Silva Castro, op. cit., págs. 247-254 (250). *El libro en cuestión era Nuevas siluetas, de Pedro Nolasco Préndez, que merecía de Rubén este comentario, también significativo: «Por fortuna parece que el chileno de que trato ha vuelto sus miradas al oriente y ha saludado el alba. Si así fuese, yo me holgaría de ello y conmigo todos los seguidores del ideal, los que adoramos la belleza, la verdad y el bien».*

⁴ Véase el prólogo a Rubén Darío, *Poesía*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977, pág. XX.

⁵ Véase José Enrique Rodó, Ariel. Liberalismo y jacobinismo. Rubén Darío. Bolívar. Montalvo, estudio preliminar de Raimundo Lazo, México, Porrúa, 1972, pág. 139.

⁶ Véase Rubén Darío, *Obras completas*, Madrid, Afrodisio Aguado, 1950, tomo II, pág. 428.

⁷ *Obras completas*, II, pág. 435.

⁸ *Obras completas*, II, pág. 387.

y a leer más libros franceses, y a aparentar que había leído más libros franceses de los que en realidad había leído. También condicionaron sus recuerdos de Chile, y en sus memorias Darío parece haber olvidado que en 1886 alabó al recién fallecido Hermógenes de Irisarri porque «no hallaron eco en las cuerdas de su lira ni la deuda enervadora que martiriza con sus disciplinas candentes, ni los escepticismos que bajan la sociedad moderna, agotando la fecunda savia de los corazones: la esperanza»². Y, al tiempo que publicaba *Azul...*, había invocado el ejemplo de Whitman frente a la furia de las dudas, frente al aire terrible de la neurosis, frente a las tinieblas filosóficas antiguas y modernas: «Y si los videntes de la luz suprema nos están enseñando el buen camino, ¿por qué seguir a los lívidos sacerdotes del pesimismo, que nos envenenan con sus ponzoñas de espíritu? Trabaja al mundo tal plaga, ¿y hemos de ser nosotros, los poetas de América, tierra del futuro, los que debemos de cerrar los ojos delante de la auroral y sonriente esperanza?»³.

En consecuencia, aunque Valera le revelase poco después que su propio libro acusaba el pesimismo característico de la literatura «de última moda», no conviene ignorar las preocupaciones que lo habían llevado, desde su posición marginal, a condenar una sociedad injusta e hipócrita. La obra de sus años chilenos, tanto en sus resultados más innovadores como en los menos —Ángel Rama ya advirtió que «la lucha contra el filisteísmo burgués unifica productos dispares estéticamente como *Abrojos* y *Azul...*»⁴—, muestra una insistente actitud moralizadora y crítica que alcanza tal vez su culminación en «La canción del oro», pero que puede advertirse en textos numerosos. Y esa actitud ni siquiera está ausente en los tiempos de Buenos Aires, aunque el análisis de *Prosas profanas* hiciese pensar a Rodó que no cabía imaginar «una individualidad literaria más ajena que ésta a todo sentimiento de solidaridad social y a todo interés por lo que pasa en torno suyo»⁵. Una revisión de *Los raros* podría ayudar a entender mejor los planteamientos de Rubén, y tal vez obligaría a matizar o corregir opiniones como la del pensador uruguayo. De las diecinueve semblanzas reunidas en la edición de 1896, no eran pocas las que, como la dedicada a Verlaine, se ocupaban de poetas «decadentes»: Darío escribió sobre el belga Théodore Hannon —el de la poesía «depravada, enferma, sabática, si queréis, pero exquisita»⁶—, y sobre ese otro «discípulo del demonio» que fue Jean Richepin, y sobre la perversa Rachilde, y sobre Lautréamont y los *Cantos de Maldoror*, «un libro diabólico y extraño, burlón y aullante, cruel y penoso»⁷. Sin duda se sentía atraído por quienes se habían adentrado en territorios prohibidos, y se acercó a ellos con horror y entusiasmo a la vez, pero se cuidó muy bien de advertir que también se ocupaba de «un espíritu sano, de un poeta sanguíneo y fuerte» como George D'Esparbés, también hijo de esa Francia que veía «tantas plantas enfermas, tanta adelfa, tanto cáñamo indiano, tanta adormidera»⁸, y si incluyó un comentario sobre Max Nordau fue para señalar la notoria «falta de justicia» de quien había condenado el arte entero «por uno que otro caso de morbosidad mental», de quien «no deja un solo nombre, entre todos los escritores y artistas contemporáneos de la aristocracia intelectual, al lado del cual no es-

criba la correspondiente calificación diagnóstica: "imbécil", "idiota", "degenerado", "loco peligroso"»⁹.

En consecuencia, las semblanzas incluidas en *Los raros* eran su respuesta a los despropósitos del «seráfico» sabio austrohúngaro, y también a los muchos que identificaban su estética con el decadentismo, y el decadentismo con la degeneración mental y moral. Conviene resaltar que era otra la cualidad que compartían casi todos los autores comentados, enfermos o sanos: su condición de marginados de la literatura o de la sociedad, maltratados por el infortunio o por la incomprensión de un presente mediocre dominado por valores burgueses o materialistas. Casi todos detestaban el presente infausto y añoraban o buscaban un orden perdido, oculto o futuro: ese era el caso de León Bloy, fervoroso y colérico combatiente por la causa de Dios y del ideal; y el de Verlaine, en cuya alma llena de cicatrices se percibía todo el eco de celestes o profanas músicas; y el de Villiers de L'Isle Adam, aristócrata condenado a frecuentar medios impropios de su delicadeza y realeza; y el de Poe, el cisne desdichado que mejor conocía el sueño y la muerte; y el de Ibsen, apóstol y mártir de la verdad incontestable; y el de Martí, quien tanto padeció, «desde las túnicas consumidoras del temperamento y de la enfermedad, hasta la inmensa pena del señalado que se siente desconocido entre la general estolidez ambiente; y, por último, desbordante de amor y de patriótica locura, consagróse a seguir su triste estrella, la estrella solitaria de la Isla, estrella engañosa que llevó a ese desventurado rey mago a caer pronto en la más negra muerte»¹⁰. En consecuencia, los planteamientos de Rubén no excluían un arte que hiciese pensar y sentir, y su propia obra —resultado sin duda, de un fin de siglo pleno de incertidumbres morales, de extrañas y angustiosas vacilaciones— no era ajena al espiritualismo o idealismo que entonces significaba para él una regeneración moral, lo mismo que para Rodó y muchos intelectuales hispanoamericanos del momento. Al cabo había hecho de la literatura una posibilidad de salvación y de acceso a la armonía, y a la vez una condena de la sociedad burguesa y plebeya, incapaz de comprender la grandeza del poeta. De algún modo seguía contándose entre los seguidores del ideal; entre los adoradores de la belleza, pero asimismo de la verdad y del bien.

Con tales antecedentes no es difícil entender su actitud al afincarse en Madrid en 1899. Según es sabido, había llegado como corresponsal de *La Nación*, con el compromiso de enviar sus impresiones sobre la situación española tras el desastre de 1898. Al menos, desde 1893, cuando escribió la semblanza sobre Poe que luego incluiría en *Los raros*, había hecho suya la cada vez más extendida visión de los Estados Unidos como imperio de la materia o reino de Calibán, donde el utilitarismo habría afectado negativamente a los valores espirituales y morales, y reiteradamente había relacionado la tradición cultural hispánica con el alma latina, que entonces tendría su centro y foco en la luminosa Francia. Tras las huellas de Martí, su reconocido maestro, se había mostrado tempranamente consciente del peligro que el poderío norteamericano significaba para el mundo hispánico: en Buenos Aires ya había participado en las

⁹ Obras completas, II, pág. 451.

¹⁰ Obras completas, II, pág. 482.

manifestaciones de protesta «por la agresión del yanquee contra la hidalga y hoy agobiada España»¹¹, había recordado las humillaciones sufridas por los pueblos hispanos (por México, por las repúblicas centroamericanas, por Colombia), y hecho votos por el porvenir de la raza. «¿Y usted no ha atacado siempre a España? —se había preguntado, anticipándose a posibles reproches—. Jamás. España no es el fanático curial, ni el pedantón, ni el dómine infeliz, desdeñoso de la América que no conoce; la España que yo defiendo se llama Hidalguía, Ideal, Nobleza; se llama Cervantes, Quevedo, Góngora, Gracián, Velázquez; se llama el Cid, Loyola, Isabel; se llama la Hija de Roma, la Hermana de Francia, la Madre de América»¹². Luego, en las crónicas que finalmente reuniría en *España Contemporánea. Crónicas y retratos literarios* (1901), quedó espléndida constancia de su preocupación y de su sorpresa ante el crepúsculo de un país que ni siquiera parecía capaz de advertir las dimensiones de su fracaso: «Acaba de suceder el más espantoso de los desastres: pocos días han pasado desde que en París se firmó el tratado humillante en que la mandíbula del yanqui quedó por el momento satisfecha después del bocado estupendo: pues aquí podría decirse que la caída no tuviera resonancia (...). Hay en la atmósfera una exhalación de organismo descompuesto. He buscado en el horizonte español las cimas que dejara no hace mucho tiempo, en todas las manifestaciones del alma nacional: Cánovas, muerto; Ruiz Zorrilla, muerto; Castelar desilusionado y enfermo; Valera ciego; Campoamor mudo; Menéndez Pelayo... No está por cierto España para literaturas, amputada, doliente, vencida; pero los políticos del día parece que para nada se dicesen cuenta del menoscabo sufrido, y agotan sus energías en chicanas interiores, en batallas de grupos aislados, en asuntos parciales de partidos, sin preocuparse de la suerte común, sin buscar el remedio al daño general, a las heridas en carne de la nación. No se sabe lo que puede venir»¹³.

Esas reflexiones aparentan ignorar las críticas al sistema político de la Restauración que desde 1876 habían realizado los intelectuales ligados a la Institución Libre de Enseñanza, conscientes del atraso cultural y de otros males que padecía el país, y las preocupaciones que manifestaban por entonces figuras fundamentales del regeneracionismo como Ricardo Macías Picavea o Joaquín Costa. Sin embargo, aun sin ofrecer referencias detalladas, Rubén hubo de constatar que desde hacía algún tiempo se estudiaban las razones de los males que aquejaban al país —la primera concreción de ese espíritu crítico había sido quizá *Los males de la patria y la futura revolución española* (1890), donde el ingeniero Lucas Mallada dejó de manifiesto la pobreza del suelo, el atraso económico, las deficiencias de la administración y de los partidos, y los defectos (fantasía, pereza, ignorancia, rutina) que juzgaba propios del «carácter» nacional—, y el eco de los planteamientos que se manejaban, para asumirlos o rechazarlos, puede percibirse en alusiones a los proyectos de modernizar la agricultura y la industria que entonces se difundían. En sus referencias a los políticos que agotaban sus energías en batallas inútiles de partido, ignorando los males de la nación, se pueden reencontrar unas críticas reiteradas, al menos desde *El régimen parlamen-*

¹¹ Véase «El triunfo de Calibán», en *Obras completas, Madrid, Afrodiseo Aguado, tomo IV, 1955, págs. 569-576 (571)*.

¹² *Obras completas, IV, 575*.

¹³ *España contemporánea, prólogo de Antonio Vilanova, Barcelona, Lumen, 1987, pág. 43*.